

EL CHICO QUE SE ESCONDÍA EN UN ARMARIO

Esta narración pretende ser auténtica. Comienza con el alumbramiento de mi madre y finaliza con la pandemia del COVID-2 y la llegada del hombre a Marte, que, como ya es harto conocido, tuvo lugar cuando un multimillonario, enojado con el presidente del país, al que le había financiado buena parte de la campaña electoral, se subió a una de sus naves y se marchó lleno de ira, no sin antes hacerle gestos groseros y poco respetuosos al mandatario.

No hay en ella ningún atisbo de realismo mágico, aunque admito tener alguna duda al respecto. Ciertamente, antes de escribirlo me prometí a mí mismo que sería fiel a los sucesos que acontecieron y a la interpretación que hice de los mismos. Soy consciente de que la objetividad absoluta no existe. Todo está matizado por la percepción individual y en ella influyen diversos factores: la edad, la formación académica, la profesión, el contexto social, las experiencias anteriores, las creencias, las motivaciones, los intereses, etc.

No negaré que mi estela vital siguió por unos derroteros un tanto singulares en diferentes momentos de mi existencia, pero fue a partir de haberme visto asombrado y superado por los acontecimientos que tenían lugar no solo en toda la extensión del planeta, sino también en mi círculo más próximo, cuando llevé a la práctica mi última decisión. Este acto postrero no está recogido en la serie “El chico que se escondía en un armario”. Sí lo está en el relato, puesto que lo terminé de redactar unos instantes antes de hacer realidad mis deseos repentinos. La serie citada anteriormente me hizo famoso en todo el mundo, sin yo pretenderlo. Está basada en la información exhaustiva y detallada proporcionada por algunas personas de mi entorno y ampliada con la alta creatividad de los guionistas. El productor de la misma fue un antiguo reportero de guerra de la BBC que, probablemente, seguirá forrándose a mi costa. Pero así es la vida, qué le vamos a hacer. Primero, aparecí en la parrilla de madrugada, pero, dada la atención imprevista que suscitaba, la cadena cambió la emisión a un horario más normalizado, donde se alcanzó una progresión geométrica en los índices de audiencia y visionado. Al parecer, algo realmente excepcional.

Cuando solo contaba dos años, después de varios intentos fracasados de abrir la puerta de mi casa unifamiliar, logré mi propósito una noche de un cálido mes de agosto y con determinación me encaminé a dar una vuelta por los alrededores. Mi vestimenta debía reducirse, debido al calor sofocante, a un pañal que tapaba mis partes pudendas. Nada más salir, me topé con el vecino sentado en su portal que estaba tocando y mirando el teléfono móvil con algo de frenesí y bastante desasosiego. Me quedé a su lado un rato.

Esta persona, que siempre me hacía fiestas y me hablaba cuando iba de paseo en el cochecito con mi madre, no así con mi padre, ni siquiera se molestó en levantar la cabeza y mirarme. “Qué raro”, pensé. Le toqué el hombro. Nada. Le retorcí la nariz. Tampoco. De buena gana, me hubiera quedado un rato con él. Así que seguí mi camino, pero, justo en ese momento, salió corriendo su esposa en camión, me tomó en sus brazos al tiempo que llenaba mi cara de saliva gritando unas palabras ininteligibles y me depositó bruscamente en el umbral de mi casa, para inmediatamente pulsar el timbre de manera continua hasta que aparecieron mis padres con cara de interrogación, bostezando a pleno pulmón y todavía medio dormidos.

Mi madre, ya mayor, niega con la cabeza y pega con el bastón en la mesa. Le digo que luego lo revisaré. Me mira de reojo y suelta: “Tenías que haber protestado, no son formas de tratar a un niño. Esa arpía... ¡Con todo lo que hicimos por ellos! Él era un vago redomado. Les teníamos que prestar dinero para que llegaran a fin de mes. Sin nosotros se hubieran muerto de hambre”. Luego vuelve a su estado catatónico habitual.

En la Escuela Infantil, antes guardería, una niña se sentó junto a mí. Me hizo mucha ilusión: dos pelirrojos juntos. ¡Qué bonito! Me sonreía, me miraba de soslayo, me tocaba la boca. Todo iba bien hasta que tiró de un manotazo la torre que estaba construyendo y se marchó a su sitio. La profesora, al ver las piezas por el suelo, vino a mi lado y con voz melosa me indicó que recogiera el juego y que tuviera más cuidado la próxima vez; de lo contrario, se vería obligada a llevarme al rincón de pensar. La niña se giró hacia mí y volvió a sonreír. ¡Qué hermoso!, soñé.

Mi padre, ya mayor, dice que no con el dedo índice de la mano derecha. Él, que siempre había sido zurdo, ahora era diestro. ¡Las vueltas que da la vida! Se pone de pie y golpea repetidamente el suelo con su gayato. Le digo que tengo que avanzar en mi empeño y que más adelante haré una relectura y, si tengo que cambiar algo, lo haré. Tras aclarar su garganta, carraspea: “¡Una, no; varias, varias! También te quitó el osito del que no podías desprenderte. Emma, la hija del futbolista, era muy lista y tú, enamorado hasta la médula, sin rechistar.”

En cuarto de primaria fuimos de excursión al monte. Jorge, nada más bajar del autobús, se puso a mi lado y seguimos juntos toda la mañana hasta la hora de comer. Llegado ese momento, mis compañeros sacaron sus cantimploras, refrescos y bocadillos. Busqué el mío en la mochila, pero no lo encontré. “Mamá se habrá olvidado”, pensé. El hijo del vecino, que era el más popular del grupo, tenía tres. Jorge, que estaba en su corro, alzó la mirada y, señalándome con el dedo, sonrió. El hijo del vecino, también. Yo me sentí muy

bien porque, aunque no era de su pandilla, me apreciaban. Mi hermana sopló con furia. “Y a ti, ¡qué te pasa ahora!”, exclamé. “¡Qué me va a pasar! Te estaban haciendo bullying, alma cándida. Nunca te atreviste a decir no. Negabas tus problemas para no tener que afrontarlos, pero, cuando llegabas a casa, te escondías en el armario y no salías hasta que papá te amenazaba con dejarte sin comer o sin cenar. Eras un comilón empedernido y el ayuno suponía un castigo insoportable para ti”.

En segundo curso del Bachillerato de Ciencias, solíamos quedar Jorge y yo los fines de semana con Rocío, una compañera dicharachera de clase, y su amiga Iris, un año menor. A Rocío le gustaba especialmente hablar conmigo y, entre risas y miradas profundas, me rebatía con frecuencia. Yo quería salir, de vez en cuando, de esos diálogos tan intensos e intentar relacionarme más con Iris, pero su actitud hacia mí era tímida, demasiado recatada. Creía que Rocío estaba chalada por Jorge porque con él hablaba menos y que Iris lo estaba por mí por la misma razón. Jorge también pensaba como yo. Unos años más tarde, Rocío me dijo que estaba totalmente equivocado y que mi compañero no había jugado limpio. Mi hermana miró este fragmento y sonrió. “Todos en el Instituto sabíamos lo que ocurría, pero tú, como siempre, no te atreviste a dar un paso al frente y te echaste atrás. Recuerda que, durante ese semestre, recurriste varias veces a ocultarte en la oscuridad del ropero de tu habitación”.

Durante el resto de los años, hasta el desenlace final, continué haciendo una interpretación bondadosa de los actos humanos, actitud que no solo no favoreció mis relaciones sociales, sino que también me convirtió en el blanco ideal de las críticas de los compañeros de trabajo. Cuando estaba solo, en medio de la oscuridad, me preguntaba: ¿por qué? Me daba muchas y variadas respuestas. Sabía que los análisis simplistas no servían; era necesario indagar en la complejidad de las causas. Mi mujer siempre me decía que no me rompiera la cabeza pensando, pues no me iba a servir de nada. “Aunque te sepa malo, tus problemas se deben a que no interpretas adecuadamente lo que sucede a tu alrededor. Eso te lleva a creer que, en general, las personas son buenas por naturaleza; luego te das cuenta de que no es así. Entonces, en lugar de enfrentarte a la realidad, desapareces de la escena, te metes en el guardarropa y mascullas tus contradicciones en soledad. Tienes que aprender a decir no, a poner tus cartas encima de la mesa, a hacerte valer ante los demás y luchar, en lugar de mendigar, por el respeto y aceptación que mereces”.

Hace unos meses, los virus del COVID-2 me inocularon una sustancia química que degeneró en hiperactividad mental, indiferencia afectiva y desidia conductual. Nada me importa. Yo, que ya presentaba dificultades para afrontar las circunstancias que me

afectaban, ahora estoy totalmente indefenso y desarmado. Nada puedo hacer para cambiar las cosas. Solo me queda renunciar a mis principios y aceptar lo que me viene dado. Esta enfermedad es muy peligrosa, no solo porque es muy contagiosa, sino porque deja a los individuos sin iniciativa, paralizados y, por tanto, propensos a ser manipulados por una sociedad donde prima la individualidad más absoluta.

Salgo a caminar por la ciudad. Andar con ritmo me ayuda a manejar mi crisis existencial. Mi mente trabaja sin descanso. Guerras por todas partes: en las monarquías y emiratos árabes del Golfo Pérsico, en Irán, en Líbano, en Ucrania, en Gaza, en buena parte de África, en Pakistán, en Afganistán... Muertos, muchos muertos por tierra, mar y aire. Violaciones, masacres, genocidios, hambrunas... Los presidentes que han invadido a otros países reclaman para sí mismos el Premio Nobel de la Paz. Las empresas petroleras y armamentistas ganando millones y millones de dólares. Medio mundo pasando hambre y el otro medio insultándose en las redes sociales en aras de la libertad de expresión, presos del olvido, del tedio, del consumo y de la despersonalización.

Mi esposa pidió el divorcio porque conmigo era muy complicado convivir. Mis padres, a mi edad, ordenándome qué tengo que hacer. Mis hijos en algún lugar intentando sobreponerse a la precariedad laboral y al desbordamiento del alquiler. Con mi amigo Jorge, también jubilado, apenas nos vemos. Se va al huerto; allí es muy feliz.

De repente, me veo paseando por el campo, cerca de la base de lanzamiento de las naves espaciales, ahora recordando las palabras que mi mujer me dedicó aquella noche que estaba metido dentro del guardarropa de la habitación matrimonial. Yo no sé poner las cartas sobre la mesa; el póker nunca ha sido mi fuerte. Sonrío. Tampoco sé hacerme valer. Es difícil entender al prójimo. Me gustaría desaparecer y empezar de nuevo mi historia en otro lugar.

Súbitamente, una intensa luz me deslumbra. “Corre, ádentrate en la nave, en cinco minutos despegamos”, grita una voz grave desde la cabina espacial. Dicho y hecho. Soy abducido por una corriente de aire e introducido en el interior. Antes de partir, el multimillonario propietario y conductor de la nave hace una videollamada al presidente del país mostrándole dos gestos groseros: uno con el dedo corazón de la mano derecha y otro con los dedos índice y meñique de la izquierda. Corta la llamada cuando el mandatario solo ha tenido tiempo de emitir cinco palabras: “¡¡Desertor, hijo de la gran!!”.

Por último, decir rápidamente, aquí hay un ruido infernal, que el título más adecuado para este relato sería: “El hombre que se escondía en un armario y no sabía decir no”. Rumbo a Marte.

“Relatos sin sordina” (2006 -)